

RICHARD SABOGAL

SED
DE OTRAS CENIZAS

Premio
Palíndromus
de Cuento 2018



SED DE OTRAS CENIZAS

Richard Sabogal

Premio Palíndromus de Cuento 2018

**EDICIONES
PALÍNDROMUS**

DEDICATORIA

A las ratas, los traidores, los falsos amores y los malos amigos

INDICE

DEDICATORIA

INDICE

Calles

La bicicleta

Habitación de hotel

El trance de mi destino

La partida

El secreto tras el poema

La oscuridad del metal

Temiendo la suavidad de tus brazos

SOBRE EL AUTOR

CRÉDITOS

COLOFÓN

Calles

La calle me consume en cada salida. Abro la boca y trago excremento de carro. Quiero morderle la nalga a la morena que va más adelante agarrada de la mano del tonto que seguramente la insatisface. Un niño con ojos tristes me pide una colaboración para comprar un pan de la panadería de vitrinas desnudas. Camino por el tubo digestivo de esta ciudad que me da cobijo y me drena cada semana que la visito. Le arranco la ropa a las mujeres bellas con las que me cruzo, a la del escote que asoma senos turgentes, a la de senos con cicatrices de maternidad, a la de pantalones cortos con una autopista como piernas. Pongo mi mano en el bolsillo, atrapo el celular que el tipo de la moto miró con lascivia. Arriba, como un dios silencioso, el pedazo de Ávila nos mira, en días como este quisiera que sus paredes verdes crujieran como un trozo de galleta y se desmoronaran sobre las casas; sobre la soberbia catedral en lo alto del pueblo, con sus rezos, sus culpas y sus muñecos de yeso; sobre la pendiente solitaria donde siempre roban; sobre la morena de nalgas hermosas; sobre los tipos de las motos que buscan víctimas; sobre las mujeres escotadas y de piernas desnudas; sobre el hospital, la maternidad, el supermercado. Sobre todos. Que al final solo queden bolas de humo y escombros. Que salgan las lombrices de la tierra removida y queden gallinas que las traguen como un fideo. Que muera todo, que no quede nada, que renazca este pueblo, esta ciudad, este país. El mundo entero. Para así dejar de oír las letanías de los moralistas desde su color preferido, con sus figuras de cartón y sus líderes en forma de muñecos inflables.

Quiero atravesar la autopista sin mirar a los lados para que los históricos recuerden a mi madre.

La ciudad es soleada, siempre hace calor, pero empieza a llover. Caen gotas gordas, que encharcan el piso. Son gotas escarlata. Pronto la ausencia de cañerías forma pequeños ríos de agua que se acarician con los restos de acera. Huele a bujía, a papas podridas, a bolsas de basura abiertas. Un perro callejero, con el hambre tatuada en sus costillas, va en un trote suave huyendo de la escena llevando en el hocico un pañal lleno de crema amarilla. Me dejo bañar, mi cabello se tiñe de rojo, las gotas descienden por mi frente, siento el sabor metálico en mi boca. Levanto la vista al cielo, camino en dirección a la autopista, los cauchos rechinan y siento como la montaña cruje. Abro los ojos para ver el destino descender colina abajo.

La bicicleta

La bicicleta de mi infancia era amarilla con verde, rin 20, con una silla amarilla de plástico duro. Brillaba al sol y por un tiempo fue mi amiga. La silla se me metía por el fundillo y me lastimaba. Mi papá no quiso dejarme las ruedas de seguridad y sin anestesia tuve que aprender a manejarla conociendo el sabor del suelo. Mi tío homosexual se entallaba sus pantalones cortos de jean y su sonrisa eterna, y me llevaba a la cancha de mi barrio. Él se sentaba en la pequeña silla y yo de lado, en el marco de la bicicleta. Mi barrio era una pendiente pronunciada y la descendíamos a toda velocidad. Era un placer efímero esos pocos segundos que tardábamos en llegar a la cancha.

La bicicleta estaba llena de calcomanías de autobús y hasta le puse un aviso de mototaxi. Aprender a manejar bicicleta es de los pocos recuerdos dolorosos y felices de mi infancia.

La cancha la recorría en círculos, mi tío me sostenía de la silla y corría a mi lado, a veces volteaba a verlo para que aplaudiera mi hazaña, pero estaba treinta metros atrás, siempre sonriendo, yo me veía abandonado, perdía el equilibrio y estampaba mi suerte contra el concreto de la cancha, a pocos metros de la portería. Mi tío se carcajeaba, me ayudaba a levantar, me soplabla la arena de la raspadura y seguíamos.

La crudeza de la infancia que marca.

Pero aprendí a dominarla en poco tiempo y pronto mi tío desapareció de mis recuerdos y luego me vi recorrer el barrio de arriba abajo, pedalear con fuerza la pendiente y bajar a toda

velocidad, mirando para los lados, asustando a los niños pequeños pasándoles a gran velocidad casi rozándolos. Aprendí a manejar con una sola mano, luego sin las dos manos en el volante y finalmente pedaleando con las manos en los bolsillos. Haciendo estas hazañas cerca de la casa de Carolina, la niña buena de la esquina, la blanquita con un lunar en lo alto de su nariz y sus dientes de perla, la que me sonreía y me rechazaba. El corazón me dolía, pero también las manos que de tanto agarrar los mangos de goma barata se me ampollaron.

Pero yo quería jugar más.

Y pedalear más.

Demostrarle a Carolina que era un gran ciclista.

El bodeguero Elías, se burlaba de mis intentos de ciclismo, aunque una vez me gritó cuando, intentando salvar mi cuerpo de estrellarse contra el pavimento, salté con todo y bicicleta sobre la acera y caí sobre sus flores, y aplasté un pedazo de sábila y me aruñé la pantorrilla. Carolina me miraba desde su ventana, río, se despidió y cerró.

Pero el milagro se me hizo y Carolina me dio el empate, y un día que hablábamos en una de esas citas que teníamos desde su ventana me confesó que tenía hambre, que estaba sola y encerrada. Entonces fui donde Elías y le compré un cambur con un billete de veinte que me quedaba y se lo di con la mayor de mis sonrisas y mis mejores intenciones. Ella sonrió y yo me ahogué en mi ignorancia de saber cómo besarla y con un palpito en mi vientre porque quería conocer el interior de sus gavetas, pero sin saber que lo deseaba de verdad. Éramos novios a escondidas, a veces la cita

se cortaba cuando alguien aparecía en la puerta de su cuarto. A veces escuchaba a su mamá preguntando que con quién hablaba y yo arrancaba a pedalear con tal fuerza que la cadena se salía.

Un día mi papá tuvo un instinto de padre y me prohibió tomar la segunda pendiente de mi barrio, la más larga, la más peligrosa. Era sábado, yo asentí queriendo aceptar su orden, pero Carolina salió a su jardín a verme pedalear, me trepé y comencé a hacer todas las piruetas que había aprendido: 'caballito', 'sin manos', 'sin pies', pero Carolina se aburría de lo mismo y vi la pendiente. Le hice señas y ella asintió. Pedaleé con fuerza y bajé a gran velocidad, ya lo había hecho en otras ocasiones. Busqué los frenos, pero descubrí con terror y rabia que una vez más los tornillos se habían aflojado y se habían ido hacia abajo, lejos de mis dedos. Quité las manos del volante y comencé a gritar. Abajo, un vecino veía la escena y a pasos decididos y lentos se colocó en posición, cuando pasé a su lado intentó agarrarme, pero en sus manos cayó la bicicleta. Mi ser se estampó dos metros adelante, primero mi mentón, luego el resto de mi existencia. Tuve raspaduras en gran parte de mi cuerpo, mi mentón requirió puntos, perdí una gran cantidad de dientes de leche y un diente permanente, mi mandíbula sufrió una modificación. Los frenos de la bicicleta quedaron hechos una trenza, el marco amarillo quedó rayado por todas partes, la silla quedó elevada al cielo, los rines quedaron torcidos. Un vecino prendió el carro y me subieron, arriba de la pendiente vi a mi mamá venir a paso rápido, con sus faldas anchas ondeando, detrás de ella se veía asomada Carolina, curiosa, mirando apenas qué pasaba. Le había dado mi mejor número.

Cuatro puntos de sutura se sumaron a mi piel, un labio con una cicatriz de por vida, unos dientes que requirieron aparatos. Todo para que Carolina, mi primera novia, nunca más me volviera a hablar. Entonces la lloré, luego la odié, con el destrozo de bicicleta que me quedó pasaba a su lado pero no para hacerle piruetas, sino para decirle cosas ofensivas que ya ni quiero recordar, luego se mudó. Igual la odié. Me toco el mentón y pienso en su existencia, en los hijos que tendrá y en cómo será la curva tierna de su nariz con lunar.

Habitación de hotel

Se despertó en mitad de la noche. Estaba arropada hasta las orejas. Por un momento no supo dónde estaba. Un televisor pendía del techo, había una cómoda a un lado que no tenía objetos. Un espejo en el techo reflejaba su silueta. La luz del baño con la puerta entreabierta formaba un triángulo amarillo que cruzaba toda la habitación y la iluminaba con su luz mortecina. Estaba boca arriba, se giró y vio una silueta enorme como una montaña que parecía dormir.

Respiraba tranquilo, en paz. Compartían la sábana, se sumergió y vio una espalda blanca desnuda, comenzó a bajar lentamente, se consiguió con unas nalgas y unas piernas velludas y firmes. Llegó al suelo y comenzó a buscar su ropa. Una mano firme la asió por la cintura y la regresó a la cama, su piel desnuda se estrelló contra el colchón y la figura enorme se puso a su lado.

«¿Pensabas escapar?», preguntó el hombre con voz profunda.

«Caminaba dormida», dijo, mientras intentaba no pensar en la mano de ese hombre que comenzaba a recorrer la autopista de su piel. Cerró los ojos con fuerza.

«¿Quieres que te lleve a casa? Pensé que disfrutabas».

Ella odiaba su rostro tieso y gordo. Ya estaba totalmente despierta, recordó toda la noche pasada, el modo en el que fue desnudada y poseída hasta partirla en dos. El hombre pasó el alicate de dedos por el rostro de ella y le quitó un mechón de cabello que tapaba parte de su mejilla. Ella fingió una sonrisa. Él colocó sus labios viscosos en los de ella y se dieron un beso que parecía apasionado.

El alicate acarició la columna vertebral hasta terminar en sus nalgas, para luego perderse corriente abajo, a la humedad.

El cuerpo de ella reaccionó a las manos que detestaba y de nuevo trepó al hombre. Al poco tiempo acabó y reposó a su lado. Se levantó cubriéndose con la sábana que tenía parches escarlata.

«No huyas de mí», le suplicó él.

Silencio.

«No termino de comprender todo esto que hicimos. No es como lo imaginé. Lo que me ofreciste fue diferente».

«¿Te pareció extraño el proceso de hacer el amor?», preguntó él.

«Coger, hacer el amor, follar, llámalo como quieras. No se siente como se ve en los videos».

«¿Te gustó?».

«No sé».

Ella estaba en la cama, pensando, a punto de decir algo. Dio dos pasos. En un movimiento se quitó la tela y quedó desnuda. Caminó hasta una silla y comenzó a recoger su uniforme escolar.

«Llévame a casa», le ordenó.

El espejo de mi mujer

Todas las mañanas cuando me levanto, orino y me paro frente al lavamanos. Mi mujer tiene un espejo, grande, brillante, pulcro, sin rastro de huellas dactilares o cadáveres de mosquitos muertos. Está impoluto. A los lados tiene lámparas, para poderse ver mejor cuando se maquilla. Odio ese espejo, me refleja, nunca me miro, menos a los ojos. Me da terror mirarme a los ojos. Me cepillo los dientes con

la mirada clavada en la llave que permanece abierta, desperdiciando agua. Mi mujer se llevó todo, menos este maldito espejo donde se maquillaba para detener el tiempo, para engañarse y no descubrir cuán vieja y fea estaba, o está, porque aún vive. Lamentablemente.

Las veces que he sucumbido a mi reflejo no reconozco la figura al otro lado: ajada, ojerosa y con kilos de más. Cómo he llegado donde estoy: defraudando, engañando, siendo la basura que se oculta bajo este forro de carne y huesos.

Cuando me miro al espejo me pregunto qué vio la mujerzuela que se fue hace poco, ya no la quiero, tal vez la quise, pero ya no; qué vio ella en mí para erigir esta casa y criar los muchachos que ya se largaron dejándonos solos.

He partido más de un espejo, porque me ponen filosófico y más deprimido. Tengo cicatrices que lo prueban. Por partir uno de la sala fue que mi mujer decidió por fin largarse.

Según ella, soy un violento.

Cuando nos vemos al espejo esperamos conseguir esa figura tierna y dulce de nuestra niñez. Creciendo inocentes, puros, ese niño que creemos ser toda la vida, pero un día vemos un tipo que no reconocemos. Más grande de lo normal, con arrugas y canas y kilos nuevos. Buscamos el reflejo de lo que fuimos.

Será por eso que somos mentirosos por naturaleza.

Los días optimistas creemos que el viejo del espejo ha obtenido logros. Es grande y su cuerpo desvencijado son heridas de guerra, pero eso se empaña cuando nos vemos desnudos. Allí se descubre

que no somos más que mierda en descomposición. Con esa barriga, las nalgas ocultas y el pene asomado entre el pelambre.

Por eso detesto los espejos. Joden la esperanza, el sexo, la belleza interna, todo. Odio los espejos porque recuerdan el monstruo que soy detrás de mis ojos.

El trance de mi destino

El pie se le enredó con una mecha deshilachada del saco de basura, intentaba tirarlo fuera. Maldijo, lo zafó con firmeza y lo lanzó lejos del camión. Estaba metido en la cabina, había mucho polvo acumulado por el abandono: Cajas viejas, objetos inservibles, sacos con juguetes rotos, ropa vieja, zapatos deformes y raspados de uso, hasta un televisor roto reposaba en un rincón. La geografía de la pantalla tenía una extraña mueca negra, parecía un grito de dolor. Con un resoplido por el peso, Eloy Urriola lanzó el televisor con todas sus fuerzas, haciéndolo estrellarse contra una piedra; el aparato dejó su último aliento en un ruido de cristal rompiéndose. Ahora desde esa perspectiva se veía el interior, sus intimidades características de televisor. Quedó desnudo mirando al cielo.

El camión no era suyo, acababan de dárselo para trabajar realizando viajes por todo el país, llevando mercancía a los supermercados, chucherías para los abastos, electrodomésticos a las tiendas. Cualquier cosa. Su misión era llevar del punto A al punto B. Le encantaba manejar y este trabajo era el mejor, nunca se cansaría de conducir, incluso durmiendo se soñaba tras un volante. Recorrió trechos largos en todo tipo de automóviles, no había nada mejor para él en el mundo: girar la llave, sentir el carro carraspear para luego encenderlo y posteriormente sentirlo completamente a su disposición para cualquier deseo suyo. Ese es el verdadero placer de Eloy Urriola, tener bajo completo dominio sus presas. Casi siempre es un carro, pero varias veces, lamentablemente muchas, son muchachas jóvenes o preadolescentes bajo su dominio, bajo su

cuerpo o recostadas en cualquier rincón, víctima de sus sádicas perversiones.

Entonces decidió lavar el camión y dejarlo impecable para llevarlo al depósito donde le darían una mercancía que entregaría a un abasto chino de su misma ciudad. La señora dueña del camión, su jefa, tenía el vehículo abandonado en su garaje, desde la muerte de su esposo, quien era el chofer original. Estaba arrinconado, acumulando chécheres polvo y olvido. Fue Eloy quien un día la visitó, le dijo que lo pusieran a trabajar. Ella necesitaba dinero, él también, tenían una fuente de ingreso y debían aprovecharla. La mujer aceptó inmediatamente.

Estaba a punto de sacar todo de la cabina, quedaban pocos objetos, en el rincón derecho había una caja que no parecía pertenecer ahí. Estaba muy limpia, parecía nueva. Permanecía cerrada y no como sus compañeras: rotas de un lado y vomitando su contenido. Eloy fumaba un cigarro, lo puso en un costado del labio y procedió a abrir la caja, con cuidado separó las alas entrecruzadas y pudo ver el interior. Se sorprendió gratamente con su contenido, se veía nuevo y parecía sonreírle a él. Era un muñeco de ventrílocuo de más o menos un metro de alto, con su esqueleto hecho de madera y pulcramente vestido. Sus ojos resaltaban, llamaban la atención sobremanera, eran ovalados como un huevo, brillantes y blancos con una pepa roja vivaz en el centro, desde cualquier ángulo parecía mirar a Eloy. Su piel era blanca leche y su traje, color blanco ostra, con botones en el pecho, rojos como sus ojos, encaje del mismo color en sus manos y guantes blancos. Sus pies deberían ser diminutos, de acuerdo a su tamaño, pero eran grandes, o sus zapatos lo eran, rojos también y muy brillantes, como recién

lustrados. El muñeco era un payaso y en su pecho, al lado izquierdo tenía un nombre: Gozo, era el muñeco Gozo.

En su espalda tenía un hueco tras la tela, si metía la mano podía manipular los labios y ojos del payaso. Eloy soltó una carcajada y escupió la colilla. Salió de la cabina y dejó el muñeco en el asiento del copiloto. No se fijó, pero Gozo sonrió levemente. Estaba feliz de su nuevo imbécil.

Gozo fue el nuevo compañero de viaje de Eloy, como dos trotamundos recorrían la ciudad llevando mercancía de un lado al otro. Ahora les tocaba trasladar alimentos a un supermercado de una ciudad del interior, sería una noche de camino donde chofer y payaso surcarían el océano estrellado oyendo Metallica a todo volumen. Eloy no se dio cuenta pero en un par de ocasiones Gozo giró su cabeza para verlo e hizo coro con *Enter Sandman* y se carcajeó bajito. El pequeño payaso moría por estar sobre la pierna de Eloy, haciendo las veces de ventrílocuo. Quería ser usado, así iniciaría todo.

Cerca de las dos de la mañana, Eloy cabeceaba de sueño y se detuvo en una estación de combustible, parada de toda clase de turistas, y que en ese momento estaba lleno. Una hilera de autobuses de diferentes empresas de transportes, gandolas con enormes cargas y camioneros como él; así como personas residentes en el lugar, quienes, al parecer, no padecían de la debilidad del sueño. Los niños corrían, algunos ataviados con bufandas y chaquetas, seguramente de uno de los autobuses, iban felices de allá para acá, saboreando el efímero espacio de libertad. Eloy compró un café negro bien cargado y media caja de cigarros.

Se apostó a las afueras, en un rincón oscuro con un cigarro en la boca que sacaba a cada sorbo. Miraba la fauna: a lo lejos, cerca de un autobús, estaba una muchacha de unos catorce años. Parecía a la espera, como deseando el regreso del chofer para volver a su puesto. Apuró el café y corrió al camión, tomó a Gozo y fue hasta donde estaba la chica, metió la mano en la espalda del muñeco y accionó todo el mecanismo, el payaso achinó los ojos de satisfacción. Eloy buscando caminar despreocupado, galante y amistoso saludó a la muchacha con el muñeco:

—Hola pequeña criatura ¿Qué haces tan sola en la oscuridad?

Ella dio un respingo. Estaba absorta en sus pensamientos. Rio algo nerviosa, tenía los brazos cruzados y los soltó.

—Hola payasito lindo —dijo, mientras se acercaba y le acariciaba la mejilla a Gozo—. Eres un payasito muy lindo.

—Tú también eres una linda jovencita. Mi esclavo piensa que no deberías estar tan solita aquí —dijo Eloy a través del muñeco mientras achinaba los dientes, intentando hacer de ventrílocuo.

—Mi tía está por venir —respondió la muchacha, esta vez mirando a Eloy—, el chofer, no sé el motivo, se metió por la cocina del restaurant y no ha salido, tenemos más de una hora estacionados aquí.

—¿Quieres tomar algo? —esta vez fue Eloy quien habló.

—Gracias estoy bien. ¿Dónde conseguiste ese muñeco tan lindo?

—Yo los hago. Tengo otro en el carro, pero este es mi preferido, el otro es idéntico. ¿Lo quieres? ¿Te parece si hacemos un dueto de ventrílocuos a ver quién lo hace mejor?

—¿En serio?! —contestó casi en un grito—. Pero te adelanto, voy a ganarte porque con mi hermanito he jugado muchas veces con mis muñecas. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Andrés —mintió—, ¿y tú?

—María Celeste.

Se fueron por detrás del autobús, María Celeste emocionada porque tendría su propio muñeco, Eloy con una excitación reventándole el pantalón y Gozo gratamente sorprendido por su imbécil.

* * *

Al principio se resistió, pero dos golpes certeros en la cara y en su oreja derecha la dejaron aturdida y prontamente con la sabiduría de reconocer dónde estaba y cómo comportarse. Su corazón palpitaba con fuerza, lo sentía latir en su oído, donde recibió el segundo golpe, a su vez sentía un ligero temblor en el cuerpo. Él tomó suavemente su cara y la fue besando, los ojos, la oreja donde la acababa de golpear, introdujo el lóbulo en su boca y lo mordió suavemente. Ella estaba fuera de su cuerpo, no sentía, pensaba en su hermano, en su tía, en el programa de televisión de la noche anterior. Eloy lamía su cuello y repetía la operación con cariño y ternura. Luego metió la mano por debajo de su franela, sintió la suavidad de la piel de su vientre, el dedo índice se precipitó por el ombligo alargado; él se arrodilló y comenzó a besarla, los costados, su estómago, fue subiendo hasta encontrarse con un brasier pequeño. Con sus dos manos tomó los pechos de la chica desde la parte de abajo, y los subió por encima del brasier, quedando perfectamente dentro de las palmas de sus manos. Terminó de subir la franela y se la quitó junto con el sostén. María Celeste ni se

inmutó. Estaba perdida. Eloy saboreó sus pezones, parecía saborear dos pequeñas galletas Oreo, como un caracol pasó su lengua por todo su pecho, sus axilas, la espalda, el cuello. Le imperaba la paciencia aunque moría por sentirla completamente. Le molestaba el temblor que por momentos se hacía fuerte en ella. Pero prefería no decirle nada, se estaba portando bien y eso no era habitual. La tenía a su disposición, solo le quedaba soltar lo que la cubría. Por un momento observó dónde estaba. Detrás del camión estacionado en un rincón pero no tan escondido. Se asomó y no venía nadie, todos estaban lejos. Miró a María Celeste, acarició sus mejillas y la volvió a besar, ella no lo miraba, tenía la vista posada en la negrura de una montaña lejana. La despojó de los zapatos, del pantalón y la ropa interior, la dejó solo en medias, unas medias de Mickey Mouse blancas con borde rosado. Desplazó la yema de sus dedos desde la pantorrilla hasta su seno izquierdo, suavemente, sintiendo los vellos imperceptibles. Agachado de nuevo, separó sus piernas y su boca se encontró con su pubis. Su lengua comenzó a recorrer todos los espacios externos, era solo una línea, rosada y suave. Nunca había sido tocada. Cuando ella sintió la lengua viscosa de Eloy, dio un respingo y comenzó a llorar en silencio pero sin ofrecer resistencia. Él sentía sus dos muslos contra sus orejas, la apoyó en la base del camión que hacía las veces de asiento y abrió con más comodidad sus piernas para disfrutarla mejor. Su lengua se iba por rincones cada vez más ocultos, ella no paraba de llorar. Eloy perdió el control y la paciencia se evaporó, escurriéndose el pantalón y colocándose a la altura de ella. Lo demás para María Celeste fue dolor físico, dolor eterno.

Gozo se acariciaba la entrepierna y tenía la boca entreabierto como perro sediento.

* * *

El camión roncaba de fuerza, Eloy aceleraba y se perdía en la noche. Iba emocionado, se reía y le daba golpes al volante, eufórico. Se perdía de esa estación lo más rápido posible. En un rincón, en la oscuridad descansaba el cuerpo desnudo y maltratado de una joven, tenía el cuello marcado, lo habían presionado unas manos fuertes. Yacía sin vida. Desperdigada en el suelo, mezclado con arena y basura descansaba la ropa, el pantalón, los zapatos, el brasier, todo menos la prenda íntima: Eloy se la llevó en su bolsillo como un trofeo. A unos cincuenta metros una señora un poco madura buscaba a su sobrina. Solo restaba tiempo para conseguirse la escena. Pagaría la culpa por ser tan confiada y nunca haber prevenido a su ingenua muchacha.

* * *

La música estaba apagada, solo se oía el ruido del camión y la bofetada de sonido de algún carro lo suficientemente grande cruzando en sentido contrario y traspasando la barrera de silencio del aire acondicionado. Gozo iba en su lugar, congelado, mirando a Eloy.

—Hacemos un gran equipo —le gritó entre un golpe y otro al volante — cuánto tiempo sin pasarla tan bien. Era tan rica esa chica, tan suave, dulce, su piel era tierna, aun siento el sabor y el olor. Tenemos que seguir haciéndolo.

—Cuando quieras, pero la próxima vez yo también quiero coger — respondió Gozo irguiéndose y quedando correctamente sentado. Su voz era un tanto chillona, como voz de payaso.

Eloy dio un frenazo tal que el camión se coleó ligeramente a pesar de estar cargado. Gozo salió expelido y se golpeó contra el frontal. Cayó el piso del camión y se levantó como si nada, con agilidad trepó al asiento, se puso de pie y se acercó a Eloy en dos pasos. Este gritaba de terror y buscaba abrir la puerta pero el pánico no lo dejaba. Gozo intentaba calmarlo pero no lo lograba, entre más hablaba, su imbécil se alteraba. Finalmente optó por el plan B. Lo tomó el cuello de la camisa con una fuerza que superaba en creces la de Eloy y lo haló hacia sí, arrastrándolo someramente en el asiento, la tela de la camisa se quejó porque se rasgó ligeramente.

—Escúchame, maldito imbécil. Hablo, sí, mírame, soy un puto muñeco payaso. Puedo hablar y me siento muy feliz de tenerte, de haber aparecido ante tus ojos porque tú serás mi libertad. Cállate... ¡calla de una vez! Deja de lloriquear como marica. ¡Silencio! Eso, así, calla, así nené. Hazle silencio a papi. No siempre fui esto que vez, un muñeco de palo y trapos. No siempre tuve esta piel de palo pulido y blanco. No siempre tuve estas manos blancas, no siempre fui de este tamaño. ¡Una vez fui un hombre de dos metros que hizo muchas cosas! —habló ahora en susurro— cosas malas como la que hiciste esta noche, bueno, malas como esa y otras un poco peores —subió el tono y hablo normal—. Fui un hombre que disfrutaba la vida. Pero ahora mírame. Debo ser imaginativo para estar donde estoy y tú mi querido, serás mi salvación. Pararemos más adelante y repetiremos tu jueguito pero esta vez yo seré quien juegue con la chiquilla. Así como la anterior, si es morenita mejor —

susurró—, me gustan las morenitas de coño oscuro y culonas –soltó una carcajada y caminó hasta la puerta del pasajero. Se sentó en un movimiento rápido y miró a Eloy—. Prende el carro, *mijo*. Vamos pues. Tenemos chiquillas por pescar.

Eloy abrió la ventanilla y vomitó.

—No intentes escapar de Gozo, ese es mi nombre por cierto. No me digas *payasito*, soy Gozo, y de mí, nadie escapa. Si lo intentas te mataré.

El hombre no dijo nada. Temblando ajustó nuevamente el camión y retomó la vía. No pensaba, temblaba. Le costaba seguir el camino. En la próxima parada estacionaría y no sabría el siguiente paso con su compañero. Gozo le volvió a hablar.

—Por cierto Eloy, mírate el cuello.

Se miró en el espejo del retrovisor y soltó un grito. Tenía adherida a su piel un encaje rojo hecho a su medida. Un encaje antiguo pero en buen estado. Un encaje de payaso.

—Por haberme tocado te estás convirtiendo en payaso. No te preocupes, no duele, ni siquiera te darás cuenta. Si intentas escapar te mataré. Ya te lo dije así que cuidado; ah, y no muero tan fácilmente, no intentes nada. Mírame, no sangro, no siento dolor. No me importa nada. Maneja, *mijo*, maneja.

* * *

Los días comenzaron a transcurrir. La mercancía del camión nunca llegó a destino. Ahora eran dos figuras en busca de sangre y muerte. Unos doscientos kilómetros más adelante del incidente con la muchacha de catorce años, otra víctima cayó a manos del

payaso. Utilizaron el mismo *modus operandi*: Eloy se acercó con Gozo en sus brazos, pero esta vez fue el muñeco quien habló, esto cautivó con más facilidad porque se veía muy natural la actuación del ventrílocuo. La primera muchacha fue encontrada con la ropa rasgada y su sexo hecho trizas, diría el patólogo en su informe sobre las heridas: «parecían como si le hubieran introducido un trozo de madera repetidas veces en su interior». La muerte nuevamente fue por estrangulamiento.

Eloy cada vez tenía un nuevo accesorio de payaso, luego del encaje en su cuello fueron los de sus muñecas, eran perfectos. Descubrió una hilera de botones en su pecho, intentó halarlos pero el dolor lo detuvo, se hirió. Su piel, antes paliducha, comenzó a tornarse blanca y los pies le dolían, sentía los zapatos apretados. Cuando se los quitó dio un respingo cayendo al piso. Sus pies ya no eran pies, sino una enorme forma de zapato rojo gigante. Si se tocaba tenía sensibilidad. Eran como unos zapatos vivos.

Su rostro se mantenía igual. Compró una chaqueta para cubrirse; comenzó a acostumbrarse a sentir el suelo al caminar, a pesar de tener a simple vista zapatos rojos y lustrados, sentía como si caminara descalzo. La gente volteaba a verlo en la calle, vestido hasta el cuello, con guantes y bufanda a 37 grados centígrados y con unos zapatos brillantes de patente. Y de colofón un payasito debajo del brazo.

Por su parte Gozo no perdía oportunidad, mantenía a su imbécil controlado y utilizando miedo psicológico para obligarlo a hacer su voluntad, aunque notaba en el hombre un placer en el fondo, su

cara de deleite cuando violaba, parecía excitado cuando atrapaban una joven y la reducía a sus placeres.

Una mañana Eloy amaneció con una nariz de payaso roja y brillante, trató de halarla pero ahora formaba parte de él. Al verse al espejo no consiguió nada suyo, ni el iris de sus ojos: su cabello era de muchos colores, crespo y desordenado, la piel era blanquísima, la nariz roja y redonda, alrededor de sus ojos líneas de color que resaltaban y el iris, antes verde ahora tenían un color rojo y malévolo. Esos ojos fueron los que achicó cuando la idea convincente cruzó su mente, buscó debajo del asiento del chofer en el camión y sacó un enorme cuchillo guardado ahí 'por si acaso', se acercó a Gozo, quien estaba de espaldas a él, canturreando y fumando un porro. Estaban estacionados en un mirador de la ciudad, iban camino a otro lugar, en búsqueda de placeres. Aspiraba una larga patada cuando vio de su pecho salir un enorme cuchillo. Le atravesó justo donde va el corazón. Se viró y era su imbécil, iba a defenderse pero no pudo, ahora tenía una fuerza que lo superaba. Ni el mismo Gozo sabía por qué el hombre se había convertido en payaso. Para él todo era nuevo también. Eloy con un movimiento rápido le colocó el cuchillo en su cuello de tela, el payaso le pidió clemencia pero fue ignorado. En tres fuertes cortes el payasito quedó decapitado.

Eloy esperaba que con la muerte de Gozo comenzara su transformación en humano. Estaba al otro lado del país, compró bastantes víveres para viajar sin tener que detenerse en cada paraje y repetir mentiras por el motivo de andar vestido de payaso y emprendió su camino a casa. Tres días después el camión estacionó frente a la puerta de la dueña del camión. La señora salió

angustiada, tenía semanas sin saber de Eloy. Se quedó petrificada al verlo, corrió dentro de la casa, no importaba cuánto se esforzara por detenerla. La mujer entró y se encerró, mientras gritaba y lloraba. El hombre notó su voz cambiada, no tenía el mismo timbre, ahora era más grave, aguardentosa y con leves chillidos agudos al final de las oraciones. No importaba que hubiera matado al payasito. No había cambiado, seguía siendo un payaso y cada vez con más detalle.

Fue en vano intentar que la señora abriera la puerta. Trepó al camión y se fue a su departamento donde pasó sigiloso buscando no ser visto. Se tiró en la cama a dormir, tenía días sin dormir y mucho tiempo sin tocar una cama.

Rato después se despertó. Escuchó un ruido, un movimiento dentro de su habitación. Se sentó en la cama y comenzó a buscar. Cuando lo vio no tuvo tiempo de reaccionar, Gozo saltó sobre él. Tenía el cuello remendado con un pedazo de cuerda, mientras luchaban su cabeza se bamboleaba a un lado y otro. Ambos eran muy fuertes, ambos eran iguales. La pelea estaba tablas, su lucha se prolongó, ninguno de los dos se agotaba. Eloy estrellaba el payaso contra las paredes haciendo crujir su madera. Gozo, cuando era lanzado contra algo, se levantaba, tomaba a su contrario por el pie y lo lanzaba contra alguna pared como si fuera un muñeco. La habitación quedó destruida. Finalmente se durmieron, golpeándose. Aburridos de una pelea inútil.

A la mañana siguiente un hombre enorme y desnudo salió de la casa de Eloy, medía casi dos metros. Era Gozo, un ex convicto violador y asesino de mujeres. Estaba feliz de sentir esa sensación

de libertad de nuevo. Comenzó a pegar su oído detrás de las puertas vecinas, buscando voces femeninas y tal vez ropa. Tocó cuatro puertas más allá. Instantes después una muchacha de servicio de no más de dieciocho años abrió. Cuando vio el enorme hombre desnudo intentó cerrar, pero una mano gigante lo impidió. Con una sonrisa amplia y hasta bonita Gozo la miró de arriba abajo. «Dulce libertad, rica libertad», pensó.

Dentro de la casa de Eloy, encima de la cama, que ahora estaba muy bien acomodada, en el centro, resguardado con almohadas, estaba un muñequito de payaso ventrílocuo muy bonito, brillante, de ojos rojos vivos y atractivos. Era el payasito Eloy que esperaba por un nuevo imbécil.

La partida

A Gusmar Sosa, quien siempre será mi hermano

No la extraño a ella, extraño el color con el que la asociaba.

Durante toda mi vida he asociado las personas con un color, dependiendo de las vibraciones. Ella era un rosa suave.

Volverá, sé que volverá. Ahora sale de nuestro cuarto, el que era nuestro cuarto. Arrastra la maleta, mi maleta, la verde con una de sus ruedas flojas. Parece que se va a caer, pero nunca se ha caído. Se detiene frente a mí, estoy en la sala, sentado frente a la computadora, terminando unos artículos que me pidieron sobre maletines y zapatos. Me esperan doce escritos más y revisar una tesis. Ella huele a *La vie es belle*, el perfume que le regalé por nuestro primer aniversario en Colombia, hace dos meses.

—Ya me voy, me espera —dice sin siquiera mirarme. Lo dice mientras busca quién sabe qué en su cartera de mano.

—¿Por qué te vas?

—Porque si.

—¿Vas a volver?

—Si no es necesario.

—Sally, es que...

—Es que nada, pasó lo que tenía que pasar.

—No quiero volver a discutir, solo quiero hablar.

—Ya no queda nada por hablar, yo me voy, tú te quedas. Ambos somos felices.

Cerró su bolso, abrió la puerta y se fue, con el perfume que le regalé y con mi maleta, la que mamá me prestó cuando fui a despedirme en el pueblo de Ciruma.

* * *

Conocí a Sally, doce años antes de irnos a Colombia. En Cabimas, Venezuela. Yo trabajaba en una tienda de computación como vigilante, donde luego ascendí a vendedor. Por entonces ella estudiaba en el liceo. Nos enamoramos de inmediato y vivimos todas las aventuras buenas y malas que atraviesa cualquier pareja. Éramos un equipo. Ella se graduó de educadora y yo, que ahora tenía una empresa generadora de contenido digital, que no avanzaba por las limitaciones del país, decidimos emprender un camino que había venido trazando desde meses atrás: Colombia, ser un generador de contenido en Colombia.

Cuentan que las parejas que emigran juntas, por *default* se unen más, porque dejar la tierra que nos vio nacer y que nosotros vimos derruirse poco a poco, no es fácil. Yo partí dejando dos hermosos y talentosos hijos, los cuales extraño con el alma sangrante cada día, dejé a mi madre, ya mayor, y a mi padre, quienes necesitan medicamentos que ya no existen en el país. Ella se fue dejando hermanos y padres y amigos. Todos los que emigran dejan hilos de sangre en el camino, heridas que no cicatrizan jamás. Emigrar es un precipicio alto, pero debemos escalarlo para no quedarnos en el abismo.

Sally y yo recorrimos el occidente del país, buscando la frontera tachirense, para llegar a Cúcuta y luego a Medellín, íbamos con una mezcla de sentimientos: desgarrados por dejar a los nuestros, pero felices por empezar una vida de cero, por estar juntos en esta aventura, yo me sentía de nuevo joven a mis cuarenta y dos años, ella a sus veintisiete, vivía una experiencia que le hacían brillar sus hermosos ojos.

Para no hacer la historia larga, llegamos a Medellín, quien nos trajo no nos pintó el panorama como era, la empresa no era tan fácil, llegar y tener trabajo. Pero yo nunca me he detenido ante los obstáculos, un viejo amigo nos dio posada y un par de semanas después ya había alquilado un pequeño apartamento y teníamos un colchón inflable para dormir.

Como pareja estos momentos fueron difíciles, Sally, una niña de su casa, siempre había vivido con sus padres, no tenía mi kilometraje, ni el cuero duro por dormir en el piso más de una vez, ni el estómago acostumbrado a algún plato que nos saltáramos para ahorrar. Ella, hija de un carnicero, jamás vivió directamente este tipo de carencias que los venezolanos viven a diario. En algún momento de tensión intentó reprochármelo, pero luego se arrepintió, sabía que buscaba un mejor futuro para todos, incluida su propia familia.

La puerta que me cerraron al llegar, fue una inyección de adrenalina. Comencé a tocar muchas oportunidades, fui a cuanto centro cultural tenía cerca de casa, conocí mucha gente y un nuevo concepto cultural, donde en cada esquina hacen ferias de libros y cada barrio tiene una casa cultural que impulsa infinidad de actividades

semanales, fue extraño para mí ver cultura sin mezcla de política, sentí libertad, una forma de liberar el yo, creando.

* * *

Finalmente conocí a Juan Camilo, un empresario que abría un nuevo negocio: venta de bragas de seguridad, con un nuevo concepto que la hace atípica a las bragas comunes: eran impermeables y además venían en una infinidad de presentaciones, lo que hacía atractivo el producto. Juan Camilo quería que yo impulsara su marca y que si la relación marchaba pudiera emprender otras campañas con sus otras empresas. Nuestra conexión fue inmediata y gracias a él conocí a otros empresarios y la vida comenzó a cambiar: de salir a tocar puertas, comencé a instalarme cada vez más en la computadora, de pensar en cómo iba a pagar el alquiler, pagar la electricidad, el agua y el internet, comencé a preocuparme de dónde iba a sacar el tiempo para atender a tantos clientes. Medellín, una ciudad hermosa, que recorrí con cautela con Sally cuando llegamos, ahora no la podía disfrutar porque siempre había algo que hacer. Mi semana se convirtió en un lunes eterno. Sally trabajaba en una de las empresas de Juan Camilo, como asistente gerencial y yo pasaba el día entero creando campañas y escribiendo sobre los distintos temas que me pedían los cada vez más numerosos clientes que me llegaban. A pesar de la crisis inicial parecía que por fin todo marchaba bien, el próximo año podría buscar con Sally nuestro primer hijo, que esperaba fuera una niña.

Mi trabajo comenzó a quebrantarnos como pareja. Sally llegaba a las 6:30 PM del trabajo, preparaba cena y me pedía salir, pero a esa

hora de la noche aun me quedaban unas seis horas más de trabajo, siempre debía terminar de escribir algún informe o atender algún cliente. Ella no comprendía que tenía que trabajar, debíamos ayudar a los nuestros, su sueldo era casi algo simbólico, un plus para sus gastos personales, pero el peso recaía sobre mí, que ahora construía una casa para nosotros en el terreno de sus padres, le daba dinero a mi ex esposa para que a mis dos niños no les faltara nada, le daba dinero a mis padres e incluso en algunas ocasiones sus propios padres se vieron beneficiados. Todo el peso recaía en mí, nadie más podía hacerlo.

Cada vez odiaba con más intensidad mi emprendimiento. Me reprochaba que un sábado a las once de la noche estuviera frente a la computadora finiquitando informes, o que los domingos me levantara a las cuatro de la mañana a terminar pendientes, o que ese mismo domingo en la noche redactara el plan de la semana. Nuestras peleas se hicieron más recurrentes y los ratos de pasión más distantes. Extrañaba el yo feliz, que siempre era el alma de la fiesta y solo tenía ojos para ella, yo también extrañaba ese yo. Ahora era un emprendedor y mi meta era muy alta, y lo lograría.

Un día cualquiera Sally dejó de reprocharme por todo. Me sentí feliz, creí que por fin me entendía.

Me preocupé cuando Juan Camilo comenzó a alejarse y a contratarme menos. Aunque ya no dependía de él, me llovían los clientes, le tenía mucho afecto, porque gracias a él llegué a donde estoy. Al parecer Sally también le tenía demasiado afecto.

Pronto confirmaron su relación. Sally salió con la maleta de mi mamá llevándose todas sus cosas, dejándome solo, con nuestra

casa a medias y los sueños rotos.

Sé que volverá, han pasado dos años, pero volverá.

Fueron varias las señales que me advirtieron que las cosas no marchaban bien, pero no quise verlas en su momento. Los últimos meses su actitud era de odio. La primera señal fue la comida salada por *accidente*, que tuve que comer así, curiosamente su plato estaba perfecto, eso fue solo una señal o un simple error de cálculo al momento de prepararlo. Ya luego las señales fueron más evidentes: salía un sábado, día en que no trabajaba y regresaba a la noche, feliz y con los ojos brillantes por la ilusión que se tiene en la primavera del amor, pero yo no lo vi porque tenía el culo pegado a la silla y los ojos en la pantalla, trabajando, produciendo dinero para que mis hijos, mis padres y la maldita familia de ella tuvieran una mejor vida en Venezuela. Si me pongo a recordar, las señales fueron muchas, nunca más lavó mi ropa, menos la planchó, entraba la madrugada y ella estaba pegada al teléfono, enviando mensajes, sonriendo. Cada vez conversábamos menos y con frecuencia peleábamos. Comenzó a odiarme y no me di cuenta.

Ahora recuerdo la última vez que le hice el amor (más no la última que ella lo habrá hecho). Quería mimarla, llenarle el cuerpo de besos, sentir su piel tersa, que hasta entonces solo yo había recorrido y conocía en su totalidad, la desnudé despacio, buscando las antiguas vías por donde otrora hubo placer, busqué su boca, pero no encontré la misma reciprocidad, solo un movimiento mecánico y frío. No lograba excitarla.

Intenté penetrarla, pero su vagina estaba seca, intenté llegar a esos sitios donde antes ambos gemíamos hasta quedar exhaustos y

sudorosos el uno sobre el otro, pero solo mis gemidos y quejidos porque me lastimaba el no poder entrar, se estrellaron con las paredes de la habitación. Ahora recuerdo que ella con determinación abandonó la cama diciendo que no tenía ganas y yo me masturbé para acabar, fue un orgasmo amargo, mecánico.

Su partida me desequilibró, compré una botella de ron, y luego otra, y otra. Así durante una semana, no sé qué tanto habré hecho esos días, estuve en una nube etílica, con lágrimas, vómitos y gritos incluidos. Reaccioné a la semana, cuando por suerte tuve un momento de lucidez, vi todos los mensajes que había recibido, entre ellos la madre de mis hijos que me reclamaba unos pagos que correspondían. Vi mi estado de cuenta, con cada vez menos dinero por mis gastos de la semana y nada de ingreso. Leí los insultos de mis clientes que, cansados de esperar, algunos me habían abandonado. Había perdido mucho por llegar a Colombia, no podía lanzarme por la borda, tenía que continuar.

Me entregué al trabajo. Fue mi salvavidas, nunca he hecho tanto dinero en mi vida. Me acostaba en la madrugada, me levantaba a las cinco y media, algunas veces pasé la noche en claro, aceptaba cuanto trabajo llegara y comía cuando me acordaba que tenía hambre. Me hice adicto al trabajo, era feliz, tenía dinero y no pensaba en Sally.

* * *

Dos años después de partir, Sally volvió a cruzar la puerta de nuestra casa, volvió, como lo predije.

Sabía por amigos en común que Juan Camilo estaba con problemas económicos, hasta los empresarios más curtidos tienen errores al

momento de invertir, y supongo que el estar entre las piernas de mi mujer se le nubló la vista y tomó algunas malas decisiones. No sé muy bien qué pasó, el hecho es que estaba quebrado y muy en el fondo, luego del agradecimiento por su ayuda y la rabia por robarme la mujer, me daba un fresquito saberlo en la ruina. A veces lo imaginaba en harapos, flaco y muerto de hambre. Lo imaginaba pidiéndome dinero. Aunque lo que sucedió fue mucho peor.

Como dije, Sally cruzó la puerta de nuestra casa, aún conservaba la llave.

Tenía desamparo en su mirada.

—Hola Sally, te he extrañado mucho.

—¿Aún me amas?

—Sabes muy bien que eres el amor de mi vida.

—¿Quieres hacer el amor conmigo?

Me quedé mudo, no supe qué responder. Me preguntó si quería hacer el amor, pero en un tono frío. Sin ese sentimiento de ternura con el que me suplicó muchas veces que lo hiciéramos. Debí decir que sí porque ella se acercó y comenzó a besarme, me sacó la camisa y desabrochó el pantalón. Sacó mi falo y comenzó a darme sexo oral. Por un momento creí que todo sería como antes.

Ella detuvo su operación y me miró.

—Necesito dinero –me dijo con un hilillo de voz.

Se desabrochó el sostén por debajo de la camisa, se quitó todo de la cintura para arriba y quedaron al aire sus senos, esos que tanto anhelaba.

—Sé que tienes mucho dinero —dijo—, esto es lo único que puedo darte.

Se bajó los pantalones y las pantaletas, quedó desnuda. Deseaba ese cuerpo como nunca. Ahora me daba cuenta de que lo extrañaba. Sentí deseos de echarme a llorar.

—Sally, pero...

—Dame lo que puedas, lo que salga de tu corazón.

—No tienes que hacer esto si no quieres, así no amor, así no.

Recogí su ropa y la cubrí. Me subí los pantalones, casi no podía hablar, sentía deseos de llorar, de romperme en pedazos. No venía por mí, venía por él.

Ella me miraba, tapándose ahora su desnudez, temblorosa, avergonzada de verse desnuda ante mí.

Cada gesto suyo me rompía un poco más. Ya no significaba nada en su vida, su mundo ya no era yo.

—Si quieres dinero yo te lo doy. No es necesario todo esto.

Se dejó caer sobre una silla y comenzó a llorar. Nunca la vi más hermosa, era como un ave de plumaje brillante, que solo podía apreciar, pero nunca tocar, no me pertenecía. Entre sollozos me contó que amaba con locura a Juan Camilo, que parecía que iba a morir de tristeza porque estaba en quiebra, iban a embargarlo, y él no podría vivir así. Me pidió que la ayudara con algo de dinero. La abracé y lloramos juntos. Se vistió mientras yo miraba hacia otro lado, con la vista nublada.

Ya más serena me explicó que Juan Camilo estaba entregado a la bebida, que no hacía más que llorar, y él, un hombre que siempre había luchado ante los obstáculos que enfrentan los empresarios, simplemente se había rendido y cada vez se hundía más. Busqué el dinero que tenía en efectivo y se lo di. Abrí la cuenta bancaria virtual y le transferí una alta suma de dinero, producto de meses de trabajo arduo. El dinero no era para Juan Camilo, era para Sally, mi Sally. Me lo agradeció, y sin siquiera despedirse abrió la puerta y se marchó.

* * *

A los dos días Juan Camilo se dio un tiro en la sien. Asistí a su funeral. Fueron bastantes personas, pero Sally no asistió.

A los quince días murió Sally. El médico forense dijo que fue un ataque de asma.

Ella murió de tristeza. Lo sé.

Hice los preparativos y la repatrié a Cabimas. No quise asistir a su funeral. Estaba roto. Fui a la licorería de la esquina, compré dos botellas y corrí a sentarme en la computadora, a trabajar. Abrí la primera y comencé a beber y a trabajar.

No me quedaba más nada.

El secreto tras el poema

(Cuento tomado del libro inédito GOT)

A Irán Infante, el poeta maldito

Conseguir ese libro fue la peor maldición.

Cuando desnudó el cuchillo de la funda creyó ver en el brillo de la hoja algo empañado que reflejaba uno de sus poemas favoritos. Sentía que era otro hombre, renovado y libre desde que leyó por primera vez al poeta Irán Infante, un tipo extraño y cerrado como una ostra que escribía unos versos que en su vida Irak había visto. Además de la similitud del nombre con el poeta maldito. Los poemas de cañería eran un reflejo de su vida. El empañado en el cuchillo fue la señal que necesitaba, colocó el arma en el cuello apretó un poco, sintió como si muchas agujas se clavaran en línea recta en la piel del cogote, tomó aire, apretó el mango y ordenó a su brazo dibujar la sonrisa, empero no pudo. No era capaz. Una gota tibia que parecía sudor, pero muy espesa para serlo descendía tímidamente hacia el cuello de la camisa. Irak no era capaz, no podía matarse, no tenía sentido, como diría su poeta Irán, «*cuando te obsesionas con la muerte pierdes el deseo de matarte, solo queda el suicidio lento del licor*». Se dijo que pensaba así, no que era un cobarde para quitarse la vida. Porque hasta para matarse hay que ser un macho.

No solo en las calles de Got, la ciudad maldita, se veían cosas atípicas, la evolución —o involución— de la sociedad, fue creando personajes oscuros, que en algún momento tuvieron un atisbo de

cordura y ahora, aunque no tenían acciones antinaturales a un ser humano, tenían una distorsión mental que los convertía en algo más peligroso que las criaturas que los infortunados se encontraban en sus esquinas.

Irak era un poeta que había escrito kilómetros de versos, pero ninguno terminaba de ser perfecto para él. Escribía de día y de noche, bebía ron barato y se masturbaba para quedarse dormido. Durante los primeros veintitrés años de su vida había estado sin rumbo, aunque la bebida lo dominaba desde los dieciséis, no fue hasta que en un remate consiguió entre los libros amarillentos un ejemplar del bardo, Irán Infante, llamado: *Epitafio Nocturno*. Al abrirlo al azar, un poema lo cacheteó: «*Ansío otras muertes / que calmen la sed / de estas cenizas*». No más leer este poema, convirtió lo gris de su vida en un gris que gustaba, u odiaba pero necesitaba para existir. A partir de allí cualquier otro autor le provocaba arcadas, devoró los poemas una y otra vez y se hizo de todos sus libros, los cuales no fue empresa fácil, el poeta había muerto muchos años atrás de cirrosis hepática y a pesar de su prestigio como escritor, la sociedad no estaba para recordar escritores y menos si estos deprimían más la existencia de Got.

A pesar de ser un tipo solo, Irak tenía el deseo de una mujer, qué poeta no quiere una mujer, al menos para saciar su deseo de la calidez de una piel y el espasmo neuromuscular que deja poseerla. Así conoció a Lei, una joven de catorce años que amaba la poesía, leía como loca a Lovecraft y al igual que Irak, se abstraía de la sociedad, solo que no escribía. La primera vez que la vio, no supo que decirle, solo le susurró: «*Tu cuerpo / curvatura de luz / me reduce / me borra cada silaba*». Un poema de su ídolo, Lei lo miró y

le sonrió, aunque no conocía el poema, una conexión se creó con el joven de gris figura. Ese día se conocieron mientras ignoraban el intento de encuentro literario que se daba, donde había más frikis que hablaban de comics y libros que se convirtieron en sagas que leyó la masa, que en encuentro donde se desarrollara la buena literatura y se recordaran los grandes que hicieron las letras.

Sin importarles la oscuridad profunda de la noche de Got y sin pensar si alguna criatura peligrosa rondaba por las calles buscando una víctima, la pareja se encaminó hasta despuntar el amanecer nebuloso donde ambos terminaron enredados entre las sábanas de la cama de Irak, quien mientras jugaba con su sexo tierno y rosado le susurraba: *«Somos dos noches / posadas en el ojo del día // Atiborrada en tu vientre / sinfonía de cuervos / cenizas del encuentro / encriptadas en el útero / de un día sin sol»*. Cada verso lo recitaba mientras tragaba los flujos entre lengüetazo y lengüetazo, Lei se retorció y susurraba palabras que no entendía, su vientre subía y bajaba, ordenando los movimientos, templándolo, tocándose la punta de los senos con una mano y con la otra acariciando suavemente la cabellera de él o tocando su piel que parecía estallar. Cada verso que citaba era un respingo que se acentuaba con la lengua que jugaba a un lado y otro. Su cuerpo se tensó y su labio derecho fue víctima de su dentadura. Apenas recuperándose, Irak ya estaba sobre ella, su piel tersa, tierna y con olor a vainilla lo enloquecía, su interior era suave, pero a su vez cerrado. Lei soltó un quejido, pero se dejó hacer, suavemente con una pierna empujó las nalgas de él para invitarlo a entrar. En un quejido ahogado de placer y dolor Irak estuvo dentro de Lei, sintió como su pene ardía, pero poco a poco fue cediendo y la poseyó sin misericordia, suavemente

y luego con fuerza. Quería demostrarle que las normas las imponía él y que, a partir de ahora, ella le pertenecía. Pocos minutos después, cuando desde su interior sentía que era inevitable el orgasmo e invadiría completamente la cavidad de su sumisa, le dijo en un claro esfuerzo: *«Dejar mi memoria / cifrada en tus labios / es regar ausencia / en el cosmos de tu piel»*. Luego en un fuerte quejido, su líquido inundó el interior de Lei. Se tiró a un lado, para minutos después empezar de nuevo. No saben cuánto tiempo pasaron así, si el día entero, si el día y la noche, solo cuando ya exhaustos, luego de haberse despertado y dormido varias veces, después de largas jornadas de placer ella le dijo: *«No teníamos constancia del paso del tiempo, porque el tiempo se había convertido para nosotros en una mera ilusión»*. Citando a Lovecraft, él la miró, y tomando aire le dijo *«Calla / tu voz interrumpe / la musicalidad de la lluvia»*.

Las semanas pasaron y entre poemas y cuentos ambos se fueron uniendo. Pero dos oscuridades se pierden, necesitan convertirse en una, eso lo sabía Irak, quien actuaba de acuerdo al poema que llegaba a su mente en el momento. A veces era amoroso, otras se perdían en la lujuria y no tenía límite con Lei, quien se dejaba hacer, su cuerpo joven era insaciable y la libido de él también. Pero pronto la oscuridad del poeta maldito Irán Infante fue invadiendo a Irak y Lei comenzó a temerle, aunque el reto de llevar la razón la mantenía allí, sempiterna y fija en la decisión de no dejarse. En algún momento él le espetaba en un grito *«llevo a cuestras la tormenta de los batracios»* para, minutos después de haberle rasgado la ropa y con la pantaleta corrida con brusquedad, decirle desde sus piernas *«bebe la vida de tu sexo / aquel que no se deja acariciar / juega en*

los vellos / donde se mece el viento sudoroso... / Surca el filo / la carne tensa / donde aún llora la inocencia». Pero finalmente el sexo se hizo distante y comenzó un juego del gato y el ratón donde ambos hacían de gato y de ratón. Lei conoció un poco más a Irán Infante y con su poesía se enfrentó, por momentos se creía que era una forma de defenderse de su hombre y en otros que era víctima del poeta maldito. «*He cavado entre tus abortos / la sepultura del Ícaro*», le gritaba desde una esquina y ella, sensual, a veces desnuda para provocarle, mas no para dejarse poseer le decía en un descuido: «*El suicidio es portátil / como la eternidad*» y apostillaba «*matate, lo mereces, estás elegido para formar parte de los caídos de Dante en el suelo de cabezas aulladoras de dolor por la vida interrumpida*». El alumno había superado al maestro.

Pajaroblancoviento

escarba en mi espalda

busca el gusano latiente

Gritaba en incoherencias Irak citando algún poema perdido de su casi tocayo.

Soy tú

con sonrisa de fuego

y sexo de estiércol

Citaba ella.

La batalla se prolongó por semanas. Irak ya sabía lo que quería: «*Cuelgan mis muertes / en tu noche*», repetía una y otra vez.

Deseaba poseerla, pero ella no se dejaba, ya no había pasión por parte de ella, solo un juego que no tenía rumbo.

Las calles de Got estaban más solas que de costumbre, por momentos parecía que no existiera más nadie en la ciudad. El silencio era tan profundo que molestaba, era asfixiante. Lei siempre estaba en casa, o eso creía Irak quien la veía cada que se despertaba luego de haber perdido la noción por beber ron. ¿Cuánto tiempo tenía sin escribir? No lo sabía. ¿Cuánto tiempo llevaba encerrado con Lei? También lo ignoraba. Pero ella siempre estaba ahí, nunca se iba. A veces la veía en su mesa de trabajo, escribiendo, leyendo. Desde el suelo, donde estaba intentando recuperar la cordura la vio sentada, solo vestía esa ropa interior de rayas negras que tanto le excitaba. Sus senos se mantenían tersos y casi ni se movían cuando Lei se dirigía de un lado a otro. En un esfuerzo se levantó y fue hasta ella. Esta lo rechazó. No se dejaba hacer desde hacía mucho. La echó muchas veces de su casa, pero no estaba seguro si se había ido o no, solo estaba allí, presente. Eternamente. Como un espíritu que nunca se va. Debía librarse de ella, a como diera lugar.

«Soy la herida / que testifica el abismo / desierto infinito / proclamado en tu vulva— araña», por primera vez ella le miró con curiosidad. Se miró su sexo, se lo acarició con suavidad y se perdió en la lectura mientras su mano jugaba. Irak sonrió. *«Garrapatas succionan de su sexo / la sonrisa del suicida»*. Y así poco a poco la fue dominando hasta que sin poseerla la tenía, sin tocarla la estremecía. Por fin ganaba la batalla. Una tarde que dibujaba garabatos en una hoja él le susurró suavemente en el oído *«pintas una sinfonía de cuervos / que picotearán tu sexo»*, ella cerró los ojos

y comenzó a tocarse, mientras su respiración, aunque suave se iba entrecortando. *«Dale de comer a las ratas / los restos de poesía / que se hundan en el retrete de tus suplicios».*

El día había llegado, debía acabar con ella, debía renacer de sus cenizas para volver a vivir lo gris de su existencia sin la negrura de la piel rosada de su veneno. Cuando despertaba de las borracheras le ordenaba lo que quisiera, en ese momento mientras ella arrodillada le desaparecía el sexo en sus fauces él le decía: *«Putas sagrada / que lame los 666 falos — tristeza / del poeta lacerado»*, luego la inundaba. *Renace de mis cenizas*, le dijo mientras la arrastró a la soga que estaba en la mitad del cuarto. *«Empalo su boca – inocencia / en el olvido de mis 4 nombres aciagos»*. Minutos después Lei se balanceaba en silencio a un lado y otro. Irak con una paz que no había sentido hasta ahora, desnudo se masturbaba y tocaba el sexo de ella que comenzaba a enfriarse y ponerse tieso. *«Acaricio el sexo – constelación de niñas muertas»*. Cuando acabó lo hizo sobre el cuerpo inerte de Lei, las gruesas gotas espesas bajaban lentamente por el vientre y se escurrían por los *muslos*. *Irak se acercó a la mesa y vio una nota:*

Te dedico esto, ya sé que mi final va a llegar, pero no me iré sin haber jugado mi última carta.

*«Hoy morirá el poeta
para relucir las vértebras del olvido
remuevo las paredes del tormento
escribo en la nada
los lamentos del creador
incipiente Zoloff*

*se enrolla en mi garganta
atestigua su maldición
Grisgrud ha bendecido los símbolos
en tu pubis lunar.»*

Irak soltó una carcajada. Dejó el papel y fue por el cuchillo. Lo colocó alrededor de su cuello y se tocó los testículos para darse valor. «*Cuervo / me devoré a mí mismo*», dijo y sin pensarlo dibujó una profunda sonrisa sin siquiera inmutarse. La sangre rápidamente empapó su pecho. Cayó. Murió sin más.

Cuando la podredumbre era insoportable y la gente se había cansado de llamar a las autoridades para que echaran la puerta abajo y ver de dónde provenía ese olor y algunos gusanos por las escaleras del edificio, la policía encontró dos cuerpos podridos e hirvientes de gusanos, en la mesa, pulcramente ordenados se encontraban los libros del poeta maldito Irán Infante. Diría el reporte de una manera muy natural que los dos occisos formaban parte del expediente de muertos por la maldición de Irán Infante que recorría Got y había cobrado la vida de muchos hombres que habían tenido la mala suerte de toparse con algún libro del bardo.

Desde su tumba el esqueleto de Irán se carcajeaba, no tenía más nada que hacer. Su maldición había sido no abandonar el cuerpo hasta que se convirtiera en polvo.

En algo tenía que matar el tiempo.

La oscuridad del metal

Lo último que vio en vida fue el martillo ensangrentado acercarse a sus ojos. Luego murió.

A lo lejos escuchaba las paladas de tierra, Max su marido la enterraba. Ella no tenía familia nadie pondría denuncia de desaparecida. Sin investigaciones ni preguntas. Se fue sin dejar huellas ni recuerdos.

Max era licenciado y abogado y en su tiempo libre se dedicaba a reparar computadoras, su pinta no era la de un asesino, al contrario, mostraba una mirada serena y pacífica de hombre inofensivo. Daba clases y tenía cierto carisma que invitaba a los estudiantes a tomar su clase, no pocas mujeres le sonreían con algo más que simpatía.

Luego de verse libre de su mujer conoció a Kass, una mujer dicharachera y apasionada, le encantaba el yoga y la pintura. Fue un amor apasionado que pronto pasó a la estabilidad de las parejas formales. Pronto Kass durmió en la misma cama donde meses antes había muerto la primera mujer de Max.

Pronto tuvieron su primera hija, algo que la pareja tomó como buena señal ya que en Got no es fácil tener hijos. La llamaron Vian, todo apuntaba a que era un matrimonio feliz con vidas tranquilas y todos sanos. Cuando la pequeña tenía seis, Kass volvió a quedar embarazada, esta vez sí tuvieron miedo, no podían tener tanta suerte. Durante nueve meses sintieron el temor de que el nuevo vástago naciera deforme. Pero no fue así, la pareja tuvo un pequeño sano y hermoso.

Por varios días Kass estuvo en el hospital y Vian le llevaba sopa de carne que preparaba ella misma, la pequeña le preguntó si la sopa estaba rica, pues le había costado mucho hacerla y ella le respondió que lo estaba. Preguntó si podía darle al hermanito y dijo que no, que no podía, que cuando estuviera más grande sí.

Cuando Kass regresó a casa la pequeña insistía en jugar con el pequeño, pero no la dejaban, no fuera a hacerle daño, incluso hubo días en que era tanta la insistencia que terminaban mandándola con un regaño a su cuarto. La pequeña se sentía cada día más triste.

Una tarde, luego de llegar Max del trabajo, Vian le rogó jugara con ella, él le dijo: *ahora no*, y fue corriendo al cuarto a ver al pequeño. Desde fuera la niña oía las carcajadas y el júbilo de los tres. El sábado llegaron los abuelos a visitar, la pequeña Vian se sintió feliz porque sus abuelos siempre le dedicaban tiempo. Pero también la ignoraron, la abuela sin mucho tacto la mandó al cuarto cuando Vian insistió en que le dedicara tiempo.

El domingo la pequeña se levantó temprano y buscando agradecer a sus padres hizo la sopa de verduras, esta vez no le costó mucho picar la verdura, la carne si opuso resistencia, sangró mucho, pero luego fue suavcita. Ese día la sopa le quedó mejor que nunca. Cuando Kass y Max se levantaron la pequeña les ofreció sopa y ambos empezaron a gritar aterrados buscando al bebe. Vian sonriendo les dijo: *mami, pero aquí está mi hermanito. ¿No dijiste pues que era tan bello como para comérselo?*

La desgracia se instaló en el hogar. Vian no salió del cuarto por muchos días. Kass en un arranque la golpeó, pero Max la detuvo. Pronto unos hombres se llevaron a la niña a un psiquiátrico. No era

la primera historia, ya muchas de ese tipo habían recorrido las calles de Got.

Casi un año después la pareja volvió a quedar embarazada. Lo tomaron como una buena señal, pero nueve meses después nació un niño deforme. Era monstruoso, su piel parecía corteza de árbol y la cara estaba hinchada grotescamente. Lo tuvieron por varios meses pero los vecinos y la familia los señalaban. Ambos se sentían aislados, incluso Kass sentían repudio. Finalmente repitieron lo que muchas parejas habían hecho antes. Lo lanzaron al río Got. Cuando la gente vio a la pareja sin el pequeño nadie preguntó. Todos lo sabían, era normal.

Tiempo después Kass volvió a dar a luz, esta vez sí tuvieron un niño sano, ambos intentaron olvidar el trágico pasado y se abocaron al nuevo miembro de la familia. No volvieron a visitar a Vian, a pesar de que ella corría a abrazarlos cada vez que iban por obligación y se quedaba llorando desconsolada cuando se iban dos horas después. El nuevo pequeño fue creciendo con alegría. La pareja fue prosperando, Kass progresaba con sus pinturas, Max era jefe de estudios. El dinero no faltaba. No estaba mal, se sentían sumamente afortunados porque pocos podían alardear de esa suerte en la ciudad.

La ciudad de Got hacía intentos por echar adelante, colocaron varios *Cafés* que trabajaban toda la noche y buscaban un público "normal" sin criaturas ni personas oscuras. Crearon un poco de turismo, pero nada terminaba de arrancar, ya la ciudad había mutado y no lo querían reconocer. Entre sus cosas más curiosas estaba un recorrido por el río Got en un crucero a vapor del siglo XIX. El río

que tenía tantos cadáveres que el tono de su agua siempre gris se había tornado turbio amarillento desde hacía tiempo, y que la neblina cubría en su totalidad, era un viaje un tanto depresivo pero que dentro de Got era un consuelo para escapar de la asfixiante ciudad.

Una mañana la familia decidió dar un paseo en crucero. Tenían dos opciones, quedarse a bordo del navío por una noche o bajar en la tarde, la familia decidió pasar la noche allí para desconectar. Luego de un día de sueño y relajación oyendo el agua romperse contra la embarcación, cuando anocheció se asomaron y observaron el agua. Olvidándose de todo. El niño tomado de la mano de Kass los miró y les preguntó: «¿Papi, mami, van a volverme a tirar al agua porque soy horrible?». Ambos se miraron atónitos. Esa noche les costó quedarse dormidos. Casi al amanecer Max abrió los ojos y tenía al frente a Vian, ya no tan pequeña, sino casi rayando la pubertad, sus ojos eran distintos. Su mirada era dura. En la mano traía un martillo oxidado y con rastro de barro. Su sonrisa torcida era idéntica a la de su ex mujer.

Al día siguiente las autoridades del barco consiguieron a una pareja asesinada a martillazos. Testigos alegaron que había un niño pequeño, nadie lo encontró, tampoco nadie vio a Vian.

Solo un martillo llenó de barro y sangre reposaba en la mitad del camarote. Silencioso. Delator.

Temiendo la suavidad de tus brazos

En la época en la que creía que mi vida iba a cambiar para siempre, cometiendo actos que ni siquiera pensaba que tenían consecuencias catastróficas, disfrutaba de una forma muy libertina de mi existencia, me encontraba en un lujoso hotel cinco estrellas, elevado a bastantes pisos del suelo, en una habitación cuatro veces más grande que el cuarto de mi casa, una cama de un tamaño inimaginable para mí hasta entonces, con iluminación por cada ángulo y distintos ambientes que controlaba con un control desde la mullida cama con olor a suavizante y perfume delicado. El baño de color pastel tenía enclavado al fondo una tina de baño con agua caliente, un enorme espejo con iluminación en todos sus lados reflejaba todos mis poros y espinillas.

La pared que da a la calle es un ventanal que controlo a capricho con unas cortinas gruesas y de la misma calidad de todo lo que hay en la habitación. Si me asomo puedo apreciar todo un abigarrado conjunto de contrastes sociales, en una sola panorámica, abajo, justo a mis pies se ve una larga avenida con figuras que van y vienen, mujeres con sus niños uniformados de la mano, hombres trajeados o vestidos formales que van a su trabajo, adolescentes despreocupados que comparten en grupo, hombres con uniforme apostados en la esquina buscando clientes para subirse a sus taxis, en la calle carros moviéndose a paso lento al ritmo del semáforo y la pericia de los conductores. Al fondo veo la autopista, vena aorta de la ciudad que facilita cruzarla toda e incluso fuera de ella, y un poco más acá, entre la pequeña avenida y la autopista, aparentemente escondido, en un mundo paralelo a esos dos, ajeno a los que están

a nivel del piso, pero visible para mí, catorce pisos arriba, una calle de asfalto sucio, manchones negros que no se sabe si son de sangre o basura descompuesta, hay colchones viejos que en las noches son la casa de algunos sin suerte, también hay potes de basura que nunca callan, botellas que chocan, bolsas que se rasgan, personas sin relevancia de género rebuscan, los gatos se pelean con los huéspedes de la cuadra por un trozo de comida. Todo ocurre justo ahí, bajo la calle de gente que se construye una vida y lucen pulcros y paralelo a la avenida que lleva y trae carros a toda velocidad, el submundo bajo el gran mundo que todos queremos ver. Trago saliva por imaginar lo cerca que puedo estar de rebuscar en el pote de basura como los del callejón de abajo, pero a su vez no termino de acostumbrarme a la vida prestada que disfruto con cautela e ignorancia.

Me levanto a ratos a ver la ciudad, tengo casi una semana en la capital y estoy ansioso, no puedo estar en la cama, las ventanas me llaman. Veo ríos de gente por la acera enorme. A mi alrededor hay edificios más grandes que este hotel. Estuve solo casi todo el día, él acaba de llegar, estuvo en varias reuniones. No somos de esta ciudad ni compartimos código postal en nuestras propias vidas, porque en estos episodios nos ausentamos de quienes somos para ser por un rato lo que imaginamos querer ser.

Tenemos una filiación sin título, no somos nada, pero aquí somos todo, no le hemos puesto adjetivos a lo que vivimos, aunque siempre nos sentimos necesarios, aunque a veces yo no quiera reconocerlo. No me gusta besarlo en la boca, aunque cuando me excito olvido ese pudor –o asco– y me dejo llevar por el momento, aflorando el lado femenino que todos tenemos. En sus manos, en

los momentos de placer, me vuelvo plastilina al sol. Él quiere que salgamos del país a pasear, le gustaría comprarme ropa, pero yo no tengo pasaporte ni ganas de sacarlo, esas labores me dan flojera y lamento perder la oportunidad. Él tiene cuarenta, yo veinte, él tiene una madre, yo tengo novia. Nunca lo he penetrado, me da asco por todo lo que lleva ese conducto por donde podría hacerlo, los olores que emana y la higiene, además de lo poco romántico que sería ver a un hombre de espaldas a mí, moviéndose en el vaivén del placer, ver incluso sus vellos canosos, me asquea solo imaginarlo. Él me lo chupa y yo olvido su edad, sus vellos en el pecho y su pene erecto rozando mi rodilla, al contrario, me excita sentir su virilidad, pongo mi mano en su bóxer, está empinado al cielo, pidiendo libertad. Mientras tanto, yo boca arriba contemplo cómo engulle mi pene con presteza, con la boca empapada, escuchando un chasquido cada ciertos segundos cuando entra y sale, erizándome los pezones con sus suaves manos de dueño de constructora. No aguanto y lo tomo de la pierna, lo halo hacía mí y me ayuda a quitarse el bóxer. También hago lo mío con su pene. Lo tenemos casi del mismo tamaño. Lo engullo. Empezamos una competencia donde buscamos encontrar quién aguante más, él siempre gana, su boca es deliciosa. Siempre he querido saber cómo descubre cuando estoy a punto de acabar. Sin compasión entra y sale, chupa con más pasión y desde dentro de mí se viene un calor que me contrae la pelvis y termina en mi imagen viendo su cabello, con mi pene en el fondo de su garganta y un movimiento a lado y lado de parte de él, recibiendo hasta la última gota de mi pecado. Se sale, le ayudo a acabar por compromiso.

Ya noto sus vellos, sus arrugas, su hombría. Solo quiero que acabe para hablar o ver televisión, mi feminidad termina por el momento.

Esto que acabo de narrar fue anoche, justo cuando llegaba de una reunión de trabajo a la que no fui por pereza, evité conocer la ciudad un poco más, el trabajo de arreglarme, perfumarme y verme lo más presentable posible que daba mi limitado guardarropa me aburría y muy en el fondo me avergonzaba no tener que ponerme. Hoy, llegando de otra reunión, me cuenta un poco de sus proyectos, de los edificios que comenzará a construir en un par de meses y le obligará a viajar con periodicidad a esta ciudad, donde, dicho sea, estoy invitado si quiero acompañarlo, está muy animado contándome, pero calla, ya no entra en detalles al notar mi desinterés. Su plan o su intento de mantener a flote esta balsa agujereada en la que intentamos no ahogarnos, es la de tomar mi palabra de anoche, cuando en medio de la calidez de su boca le dije que deberíamos bañarnos en la tina de la habitación. Sumergirnos en espuma mientras oímos Freddie Mercury, bebiendo vino blanco, mi preferido y que casualmente está en la nevera, son cosas que sigo cuando siento que mis palabras le han herido, cuando no digo lo políticamente correcto y en un momento de flaqueza siento que lo puedo perder, ando con un arma al cinto que siempre desenfundo para agujerear esta balsa, pero cuando el miedo me atenaza intento tapar los hoyos con mis dedos, ya me faltan dedos para tapar tantos disparos.

El compromiso está intrínseco en nosotros. Debo meterme a la tina.

Toma su laptop, se descalza sus zapatos italianos, se saca el pantalón, la camisa y el bóxer, me sonrío con romance en sus ojos.

Voy para allá, dice señalando el baño. Freddie Mercury empieza a sonar, me llega el sonido del agua cayendo en la tina, el olor del fósforo apagado, de la cera de la vela quemándose. Mercury canta una canción tras otra. *The words of the love* sale a través de la puerta del baño entrecerrada. Él canta, pienso que feliz pero no me atrevo a pensar que es por despecho.

*Don't touch me now, don't
hold me now, don't break the
spell darling, now you are
near, look in my eyes and
speak to me, the special
promises I long to hear*

Escucho la botella de vino chocando con la copa. Le escucho cantar. *The words of the love* se repite una y otra vez como el epitafio de un tipo de vida. La responsabilidad me llama, pienso en lo fácil que sería sacarme las medias, el mono y la franela, abrir la puerta del baño y esperar una copa de vino, una conversación interesantísima de su parte y la espuma de la tina en mi cuerpo, la imagen es muy tentadora, deseo con ganas hacerlo, incluso siento una leve erección, pero no termino de moverme. En FOX comenzaron *Los Simpsons*, le subo volumen para apaciguar a Freddie y a mi ansiedad.

*Love me slow and gently,
One foolish world so many
souls, senselessly hurled
through, the never ending
cold, and all for fear and all*

*for greed, speak any tongue,
but for god's sake we need*

Canta Freddie con dolor desde el baño mientras Bart Simpson le pone una trampa a Homero en las escaleras.

Pienso en que debería ir porque luego del plan romántico que me espera en la tina tendré una de las mejores mamadas que me han dado.

*This room is bare, this night
is cold, we're far apart and
I'm growing old, but while we
live we'll meet again, so then
my love, we may whisper
once more, it's you I adore*

Ya perdí la cuenta de cuántas veces nos hemos visto. No le pido plata ni me la paso rogándole amor, él siempre me ha escuchado, me aconseja. Cuando estamos en nuestras propias vidas, me llama a desearme buenos días, buen provecho y buenas noches. La última llamada es un recuento de su día. Oírle hablar de su trabajo me pone a soñar, quiero ser constructor, tener mi empresa, mis carros y más de cien empleados.

Él siempre me sigue el sueño, asegura que tendré éxito porque tengo mentalidad de empresario, me aúpa a continuar mis planes, aunque actualmente solo trabajo en un supermercado y apenas terminé básica. Quiero estudiar pero me da pereza ir a preguntar cuándo son las inscripciones en la universidad. Además, aún no sé bien qué cursar.

Pero si él dice que seré empresario debe tener razón. Algo verá en mí.

A veces me molestan sus llamadas seguidas. Largas, sus cuentos de personas que ni conozco ni conoceré. A veces lo rechazo, a veces le cuelgo.

A veces lo extraño y reviento su teléfono a repiques hasta que por fin me llama, suspirando, dándose una oportunidad a él y a mí, luego de unos segundos todo parece haberse apaciguado, olvida el reproche del día o los últimos días y volvemos a ser los de siempre o a fingir bien por lo menos.

A veces peleamos, a veces disimula su voz quebrada a través del teléfono, los peores episodios me pide disculpas en la puerta del llanto y me cuelga, promete llamarme luego, lo hace, parece feliz. Yo olvido el episodio, él no.

Cuando viajamos o nos conseguimos en su ciudad o la mía me lleva a comer a restaurantes donde los mesoneros están pulcramente vestidos, huelen bien y el propio chef sale a saludarlo, muy distinto a los que yo voy, cuando tengo algo de dinero, me siento en una de sus mesas plásticas y le pregunta a la señora de delantal: *¿Mi amor, qué te queda?* En este restaurant nos dan varios platos de entrada para por fin servirnos la comida principal.

A veces me lleva a comer comida rápida. Para mí un total lujo.

Me encanta el olor de su carro nuevo, la seguridad que siento en el silencio ficticio de su interior.

El aroma del aire acondicionado.

La textura del cuero de los asientos.

El olor de su desodorante fino, su perfume de marca, su olor natural mezclado con lo artificial, una mezcla embriagante.

A veces me molesta su voz melosa y cariñosa.

Su barba de un día.

* * *

Let us share the words of love, for evermore evermore, for evermore. Termina de cantar Mercury y la canción no se repite. Estoy feliz porque ya no debo ir.

Él sale del baño, huele a su jabón, a su loción para después de afeitarse. Se ve contrariado, parece como siempre, sonriente, tierno, pero se nota molesto.

En este viaje no me reclamará mi ausencia entre la espuma.

Me marcho a mi tierra dos días antes de lo planeado. Él me ruega que me quede un poco más, que disfrutemos, que volvamos a embriagarnos como lo hicimos el fin de semana pasado, me invita incluso a otra ciudad a pasar una semana juntos, me incita a ir a la playa, que tanto me gusta, a un resort, incluso me ofrece un crucero a mis treinta años si me quedo, promesas serias, aunque me tienta, yo me niego, cuando se me mete en la cabeza que debo hacer algo, simplemente lo hago, aunque desee lo contrario.

Mi novia exige mi presencia. No la quiero mucho, es fea, es resentida, reprocha mucho. Pero ya sospecha.

Quiero verla y a su vez quiero quedarme.

Pero termino yéndome. Extraño la humedad de una vagina y ya me lo han mamado lo suficiente estos últimos días.

Desde mi autobús en la autopista veo el hotel y deseo bajarme. Quiero volver a sus brazos pero una fuerza que no comprendo me hace desistir, aunque en el fondo no veo imposible pararme de sopetón y bajarme, desandar el trozo de autopista y saltar el hombrillo, subir al piso catorce y tocar la puerta, y que me abra y me sonría con su boca ladeada y su mano en el bolsillo, que en silencio retroceda un paso y me deje entrar y que esa noche duerma en sus brazos, disfrutando al máximo lo que no quiero ser jamás.

Pero me quedo, regresando a la vida que odio para fingir disfrutar lo que no quiero.

Siento un retorcijón. Lo extraño.

Sacó mi teléfono, le repico y al momento me devuelve la llamada.

Voy pasando por la autopista, veo el hotel, le digo.

Y así comenzamos a hablar hasta que pierdo la cobertura por la carretera.

SOBRE EL AUTOR

Richard Sabogal

Escritor, gestor literario, editor. Cursó estudios de Periodismo y ejerció en el VI Encuentro Mundial de Arte Corporal. Colaboró durante varios años en medios culturales impresos y digitales. Algunos de sus textos han sido traducidos al inglés y al italiano. Participó en programas de radio y televisión nacional y regional.

Ha publicado: «*La muerte disfruta de su propia seguridad*», «*Cuentos para morir leyendo*» y «*Al filo del reloj*». En antologías internacionales ha participado en *Líneas & Versos para incitar al vuelo VI Aniversario* (México); *Primeros exiliados* (Argentina); *Colección de cuentos postmodernistas I* (Venezuela); *Antología Poética Venezolana del Siglo XX* (Venezuela); *La dermis de la humanidad* (Antología de cuento del Premio Palíndromus de Cuento 2018, Venezuela); *Brevilla, Antología de microrrelatos*; *Antología de Ciencia Ficción «Kafka en la luna»*; *La noche antes del diluvio* (Antología sexodiversa, Venezuela, 2020).

Galardones:

- Ganador del Premio Palíndromus de Cuento (Venezuela, 2018).
- Tercer Lugar en el Concurso de Cuento Caupolicán Ovalles (Venezuela, 2014)
- Finalista en el Concurso de Poesía «Destos deme dos» (México, 2013).
- Mención Honorífica en el Concurso de Cuento Sci-fi (Argentina, 2013).

CRÉDITOS

PRIMERA EDICIÓN, 2020

Todos los Derechos Reservados

ISBN: 979-

Sed de otras cenizas

©Richard Sabogal

©De esta edición:

Ediciones Palíndromus

Maracaibo, Venezuela

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución o transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

PORTADA

Jorge Morales Corona

DISEÑO INTERIOR

Jorge Morales Corona | Adolfo Fierro Zandón

REVISIÓN DE TEXTOS

Jorge Morales Corona | Federico Zolá

COORDINACIÓN EDITORIAL

Verónica Vidal

IMAGEN DE PORTADA

Michael Kaelin (USA, 2018)

COLOFÓN

Este libro se terminó de editar
en el mes de mayo de 2020
en los talleres de Ediciones
Palíndromus, ubicados en
Maracaibo, Venezuela.